

## PUNTO III.

## TERCERA PREGUNTA DE PILATO Y RESPUESTA DEL PUEBLO.

Primero. *Pregunta de Pilato.* "Y él les dijo por la tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho este? No encuentro en él delito alguno de muerte: lo castigaré, pues, y lo libraré..." Observemos aquí: primero, la conducta siempre débil de Pilato, el cual lejos de mostrar algún vigor y fuerza, siempre se debilita más. Obliga los enemigos de Jesús al silencio, y por esto á una tática confesión de su inocencia: los delitos de Barrabás son graves, notorios y probados, y contra Jesús no se produce algún hecho; se presentan solo acusaciones indeterminadas, sin fundamento, sin pruebas y sin testigos. No obstante, á pesar de una inocencia tan pura, Pilato vuelve al primer expediente que ya había propuesto, de hacer castigar á Jesús y librarlo. Con esto recae en su primera contradicción de hacer castigar á un inocente. Propone este medio y también lo pone en ejecución sin asegurarse si el pueblo se contentará con él. No reflexiona que siendo los azotes un suplicio que ordinariamente se hace padecer á los que están condenados á la cruz, el hacerlo padecer á Jesucristo es prepararlo para la cruz y no para librarlo. Finalmente, Pilato se desmiente á sí mismo y debilita el testimonio que había dado á la inocencia de Jesús, porque había dicho desde el principio que no hallaba en él algún delito, y ahora restringe su testimonio diciendo que no hallaba en él delito alguno que merezca la muerte; ¿y qué es lo que encuentra en él que merezca castigo? Segundo. *La inocencia de Jesús.* Pero ¿qué mal ha hecho este? ¡Ah! antes bien, ¿qué bien no ha hecho él? ¿no ha pasado toda su vida en enseñar, en predicar, en edificar, en aliviar á todos los miserables y en dar la sanidad á los enfermos? ¿Quién jamás ha recurrido á él que haya sido desechado y no haya vuelto consolado, aliviado y sano? Pero ¿qué mal ha hecho este? Con su celo, con sus virtudes, con sus milagros se ha ganado el amor, la veneración y la confianza de los pueblos, ha merecido su estimación y no han podido negarle sus elogios. He aquí su delito, he aquí lo que ha llenado de celo el corazón de sus enemigos, lo que ha hecho ponerlo todo por obra, para desacreditarlo é intentar tantas calumnias para hacer cambiar de sentimiento al pueblo y revolver contra él mismo su favor. No hagamos, pues, caudal alguno de nuestra inocencia en el tribunal de los hombres, no esperemos en este mundo otro reconocimiento que el que se ha mostrado á Jesucristo, y este pensamiento lejos de ofender nuestro celo, nos anime y no nos impida la ingratitud de los hombres el sacrificarnos á su servicio y por su salva-

ción. Tercero. *El misterio de la inocencia de Jesucristo.* Jesús era inocente, la inocencia y la santidad misma, y nosotros éramos pecadores; él se había encargado de nuestros pecados, sobre él había puesto Dios nuestras iniquidades, y él solo podía llevarlas, expiarlas, borrarlas y merecernos la gracia de una perfecta reconciliación con Dios. He aquí el misterio escondido en Dios que los profetas<sup>1</sup> han anunciado, que los apóstoles nos han explicado,<sup>2</sup> que los príncipes de este mundo no han conocido, que toda la sabiduría de los filósofos no habría jamás imaginado para conciliar la justicia y la misericordia de Dios. Misterio que la filosofía no puede comprender aun si no sujeta las luces débiles de su razón á las sublimes de la fe y del Evangelio. Ahora toca á nosotros que conocemos este misterio, conformarnos con Jesucristo, unirnos á él, sufrir con él en paz y en silencio las injusticias, las calumnias, los ultrajes, los tormentos y la muerte. Guardémonos de lamentarnos y de preguntar. ¿Pero qué mal ha hecho yo? Respondamos, ¿y qué mal había hecho Jesús?... Por manifiesta que sea nuestra inocencia delante de los hombres, pensemos que somos pecadores delante de Dios, que todas las penas de este mundo son nada en comparación de las que hemos merecido, que sin Jesucristo deberíamos sufrir penas mayores, porque seríamos siempre esclavos del pecado, y que somos muy felices y muy honrados en poder á este precio participar de la redención de Jesucristo, para tener parte en el cielo de su gloria... ¡Ah! ¡qué reconocimiento no le debemos! Si su amor por nosotros lo ha sujetado á tantos suplicios, ¿nuestro amor por él no nos dará valor para sufrir los que hemos merecido?

Segundo. *Respuesta del pueblo.* "Mas ellos insistían pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado... Sea crucificado... y crecían mas sus clamores..." ¡Oh gritos insensatos de un pueblo ciego é infeliz! la santidad de Dios sabrá haceros servir á la gloria de Jesús y á nuestra redención; seréis recompensados con las voces de salud y de bendición que hará sentir la Iglesia triunfante en el cielo y la Iglesia militante sobre la tierra! No pasará mucho tiempo sin que mas de cien mil israelitas, señalados sobre la frente con la señal de la cruz, y librados de la tribulación, y una turba innumerable de todas las naciones del mundo, se una al coro de los ángeles para cantar eternamente las alabanzas de Dios y del Cordero que murió por ellos.<sup>3</sup>

## PETICION Y COLOQUIO.

Uno mi voz, ¡oh Salvador mio! á la de vuestra Iglesia, para cantar vuestra cruz, vuestro amor,

- 1 Isai., c. LIII, v. 6.
- 2 Ad Cor., c. II, v. 8.
- 3 Apoc., c. VII, v. 6.

vuestro triunfo y vuestra gloria, hasta que libre también de la tribulación de esta vida, después de haber estado con vos crucificado, me pueda unir con vuestros santos y con los ángeles, para alabaros y daros las gracias por toda la eternidad. Amen.

## MEDITACION CCCXXVI.

## EL PUEBLO HACE A PILATO PREVARICADOR.

S. Mat., c. XXVII, v. 24.—  
S. Marc., c. XVI, v. 15.—S.  
Luc., c. XXIII, v. 24, 25.

Observemos primero. La vana ceremonia que usa Pilato. Segundo. La terrible imprecación de los judíos contra él mismo. Tercero. La prevaricación de Pilato.

## PUNTO I.

## VANA CEREMONIA DE PILATO.

Primero. *De la acción de Pilato.*—"Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía mas el alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: yo estoy inocente de la sangre de este justo; alla os lo veis vosotros..." tocará á vosotros responder por ella..." O sea que Pilato haya copiado de los judíos esta ceremonia, ó que ella hubiese estado en uso entre los gentiles, se comprende muy bien á qué fin se lava él las manos. Esta acción justifica á Jesús, pero no justifica á Pilato. Se ve este juez declarar públicamente la perfecta inocencia de Jesucristo. No dice ya, como arriba, que no encuentra en él algún delito digno de muerte, ni como antes, que no halla en él algún delito, sino le da absolutamente y sin restricción el nombre de justo, que expresa no solo su inocencia, sino también su santidad y la union de todas las virtudes. Se lo había también indicado debajo de este nombre su mujer, y él mismo, solamente por lo que había visto en él, no podía negarle este testimonio. Lo da delante de todo el pueblo, y lo acompaña con una ceremonia capaz de hacer impresión sobre todos los espíritus y de perpetuar su testimonio de generación en generación.—Admiremos aquí la Providencia, y alegrémonos de la gloria que de esto resulta al nombre de Jesús. Con esta misma acción pretendió Pilato declarar que él estaba exento del delito que se cometía en derramar la sangre del Justo; pero extrañamente se engañaba en esto. La ceremonia que hacía no podía tener este significado, pues haciéndola no detenta lo pasado ni trata de repararlo, y luego des-

pués de haberla hecho, continúa en el mismo tanor, y aun hace mas con dar él mismo las órdenes necesarias para que sea derramada la sangre de este Justo. ¿Cómo, pues, con todo esto se cree él inocente? ¿No ve que el testimonio que da á Jesucristo, no obstante la ceremonia con que lo acompaña, se revuelve enteramente contra él mismo? ¡Ay de mí! ¿cuántos pecadores entre nosotros se ciegan de este modo! Apliquemos lo que hemos dicho ahora á la confesión que se hace antes de la comunión; apliquémoslo al agua bendita, de que todos se sirven al entrar en la iglesia; con esto damos testimonio á la divina Eucaristía y á la santidad de la casa de Dios; ¿pero nos purgamos? ¿recuperamos la inocencia? ¿el testimonio que damos no se revuelve contra nosotros mismos?

Segundo. *Del discurso de Pilato.*—"Yo estoy inocente; pensad vosotros en esto..." Sin duda toca á ellos el pensar en esto. Pero tú, Pilato, ¿no tendrás también que responder de la sangre de este Justo? Ellos son culpados en querer la muerte de Jesús, que han tenido tiempo de conocer mejor que tú, y en pedirla con tanto furor y con tanta rabia, son culpados en solicitarte, en darte prisa, en hacerte una especie de violencia, y en ponerte casi en la necesidad de derramar la sangre inocente; pero tú ¿no eres tú también sumamente reo en concederles una petición de que conoces la injusticia y que eres dueño de negarla? Tú cedes á su impetuosidad, tú empleas por ellos tu ministerio, tú sirves de tu autoridad para consumir su delito, no obstante las reprensiones de tu conciencia, las luces de tu espíritu y los avisos de tu virtuosa esposa. ¿Y tú te glorias aun de ser inocente?... Reflexionemos sobre nosotros mismos. ¿Cuántos entre nosotros ó se creen ó se dicen inocentes, y son acaso mas culpados que el mismo Pilato? ¡Oh! y qué industriosos somos en echar sobre los otros nuestras propias culpas, en pronunciar sobre nuestra propia inocencia! Si nos dejamos trasportar á impacencias, á cóleras, á quejas, á odios, á murmuraciones, á palabras de ultraje, ¿confesamos acaso haber tenido culpa? ¿No decimos, por ventura, que nos han dado ocasión los otros? Como si la virtud pudiese practicarse de otro modo que en las ocasiones. ¿Los mayores delitos no se excusan acaso con la misma facilidad por aquellos que los cometen? Las injusticias, los hurtos, las deslealtades, la impureza, el olvido de Dios, la ineducación, la irreligión, las blasfemias, la negligencia de las propias obligaciones, la calumnia, la venganza; ¿quién hay que se condena en todos estos pecados y se reconozca culpado sin buscar excusas? Se echa la culpa sobre el mundo, sobre los malos ejemplos, sobre los usos, sobre las pasiones, sobre la providencia, sobre Dios mismo. Entre tanto se continúa á vivir sin remordimiento, y si algunos no se declaran del todo

inocentes, viven por lo menos así tranquilamente como si lo fueran. Pero qué será así el juicio que de estas cosas hará Dios? Prevengamos, pues, su juicio, juzgándonos nosotros mismos y persuadiéndonos bien que el pecado de los otros no borra el nuestro. ¡Ah! estoy bien lejos, ¡oh Dios mío! de ser inocente. Cada uno de mis pecados me hace reo y culpado de todo la sangre de Jesucristo, pues que él la ha derramado por borrarlos, y yo he tenido la desventura de pecar después que él la derramó.

## PUNTO II.

TERRIBLE IMPRECACION DE LOS JUDÍOS CONTRA SÍ MISMOS.

“Y respondiendo todo el pueblo dijo: su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos...”  
 Primero. *Con qué espíritu dijeron los judíos estas palabras?* Con un espíritu de furor y de impiedad.... Con estas palabras los judíos se sujetaban ellos mismos y toda su posteridad al anatema y á todo el rigor de las venganzas del cielo. Con tal que se hiciese morir á Jesús, se cargaban de todas las consecuencias y de todos los castigos que podría merecer esta muerte, consentían en correr todos los riesgos, y en cuanto dependía de ellos, descargaban al juez, que temía por sí mismo. Qué furor! qué frenesí! Un juez pagano tiembla en el punto de condenar á Jesús, teme tirar sobre sí la cólera del cielo por una tan injusta condenación, y los judíos adoradores del verdadero Dios, por obtener esta condenación injusta, afrontan el peligro, presentan atrevidamente sus cabezas, y con ellas sus hijos y todos sus descendientes para siempre. ¿Creer acaso estos impíos que no hay un Dios en el cielo para castigarlos? ¡Ah! ya por mas de diez y ocho siglos ve con espanto el universo este pueblo errante y disperso sobre la tierra, llevar consigo las señales de su reprobación y anunciar por todas partes que él está reducido á tan miserable estado por haber hecho morir al autor de la vida, al Mesías y al Hijo de Dios. Los judíos, pues, cuales nosotros los vemos ya por tantos siglos, son una prueba viva é irrefragable de la verdad de la religión cristiana. Deben tambien servir de ejemplo á los libertinos que se hallan en el cristianismo, ya que estos son espíritus fuertes por su audacia en blasfemar de Jesucristo y por su intrepidez en afrontar todas sus amenazas, en exponerse á las consecuencias de su sangre profanada y en arriesgarse á los peligros de la eternidad. Pongan estos los ojos sobre los judíos. Aquellos fueron tambien espíritus fuertes. Pero al ver su posteridad, comprendan que ninguno se burla de Dios impunemente, ni algu-

no provoca su cólera sin experimentar bien presto los efectos.

Segundo. *Con qué sentimientos debemos nosotros repetir estas palabras?* Con sentimientos de una fe viva, de un profundo respeto, de un tierno reconocimiento, de un amor ardiente y de una total confianza.... ¡Oh sangre adorable y divina derramada por mi salvación, caed sobre mí para lavarame, para purificarme, para santificarme! Desde mi nacimiento á este mundo, vuestra Iglesia, ¡oh Jesús! me recibí entre sus brazos, ella me ha señalado con vuestra sangre preciosa y me ha puesto en el número de sus hijos. Luego que tuve la desgracia de manchar la vestidura de la inocencia de que me había vestido, encontré en esta sangre preciosa un baño saludable que ha lavado y limpiado todas las inmundicias de mi alma, y cada vez que á él recorro, su divina y perenne virtud siempre me me santifica. Aun mas; vos habeis querido que esta sangre adorable se derramase por mí y delante de mis ojos, sobre vuestro altar, y que yo la ofreciese en sacrificio á vuestro Padre por mis pecados. Aun mas; vos me habeis mandado beberla, sustentarme de ella, hacerla correr por mis venas para vivir solo de vuestra vida, estar animado solo de vuestro espíritu y ser enteramente transformado en vos. ¡Oh caridad inefable, hacédme digno de tantos beneficios y enseñadme á servirme de ellos para vuestra gloria y para mi salud! Sangre adorable, caed sobre nosotros todos para salvarnos, caed sobre los impíos para ablandarlos y enternecerlos, sobre los herejes para volverlos otra vez á la Iglesia, sobre los gentiles para iluminarlos y sobre los judíos para convertirlos, para que reunidos todos en la misma fe y en la misma esperanza, reinemos con vos y por vos en la misma caridad que subsistirá eternamente.

## PUNTO III.

PREVARICACION DE PILATO.

“Y Pilato, queriendo contentar al pueblo.... decretó que fuese ejecutada su petición. Y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en prisión, que era el que pedían.... y habiendo hecho azotar á Jesús, lo entregó.... y abandonó á Jesús á su voluntad.... para ser crucificado....”

Primero. *Ejemplo de prevaricación en Pilato.* ¿Cómo fué el llegar Pilato á este exceso de injusticia y de prevaricación? ¡Ah! se había vanamente lisonjeado de poder conciliar en sí mismo dos voluntades opuestas, la una de salvar á Jesús y la otra de contentar al pueblo. Consideremos, pues, en Pilato. Primero. *La voluntad de libertar á Jesús.* Esta voluntad era sincera y

aun tambien ardiente y eficaz, era justa, y para él de una estrecha obligación; él lo comprendía muy bien, era tambien fácil de ejecutarse, la cosa dependía solo de él, él era el dueño y señor absoluto, y si la hubiera ejecutado con resolución y firmeza luego desde el principio, el pueblo lo hubiera aplaudido. Por qué, pues, no lo hizo? Porque con la voluntad de cumplir su obligación, tenía otra opuesta á su deber, y en vez de renunciar á esta, quiso conciliarla con la primera, y esta fué la causa de su prevaricación. Segundo. *La voluntad de contentar al pueblo.* Pilato quiso desde el principio tomar sus medidas con los cabezas; entre tanto los cabezas engañaron al pueblo, y Pilato entonces creyó deber satisfacer al pueblo.... Se lisonjeó que podría con la paciencia y con la política obtener el conciliar juntamente los intereses de Jesús y de la cátedra, de la obligación y de la complacencia.... ¡Ah! ¡qué engañó! ¿Qué no hizo él para esto? ¿á qué vitez no llegó? ¿qué violencia no hizo él á su conciencia, naturalmente fiere, arrogante é inflexible? ¿cuántas veces no olvidó lo que debía á sí mismo y á la majestad del emperador romano? Tercero. *El ésto de sus esfuerzos.* Todo seabó con condescendencia cuanto quería el pueblo. Cuanto menos firme era el juez, tanto mas se amotinaba el pueblo; con cuanto mayor circunspección hablaba el juez al pueblo, con tanto mayor furor gritaba el pueblo. Por esto el juez se vió obligado á abandonar á Jesús á la voluntad del pueblo, á los azotes y á la cruz, y á abandonarse á sí mismo, contra sus luces, contra los avisos de su esposa y contra sus remordimientos, á un exceso de injusticia y de crueldad que desde el principio le habría hecho horror y de que no se hubiera creído poder ser culpable.... El compendio de su conducta está comprendido en estas pocas palabras.... “Deseoso de librar á Jesús.... queriendo contentar al pueblo viendo que nada arrojaba; antes bien se hacia mayor el tumulto....” Pilato hizo aun después algunas nuevas diligencias para entretener aquellos bárbaros corazones; pero fueron inútiles como las primeras, como veremos.

Segundo. *Aplicación de este ejemplo.* Primero. *A nuestra exterior conducta.* A nosotros no nos pertenece dar lecciones á nuestros superiores, á aquellos que la Providencia ha constituido en dignidad para gobernarlos y juzgarlos. Si por suerte fuésemos la víctima de la malvada política de algunos entre ellos, á nosotros tocaría imitar el silencio de Jesucristo y su obediencia á las órdenes de Dios su Padre; pero sirva de provecho para nosotros el ejemplo de Pilato. Nosotros entramos en el mundo llenos de buena voluntad, de buenas intenciones. Nada queremos hacer contra nuestra conciencia y contra

nuestra salvación. Hasta aquí todo va bien; pero examinémosnos seriamente y veamos si con esta voluntad no tenemos otra de agradar al mundo, si esta segunda voluntad no sirva de contrapeso y de contraste á la primera, si no tenemos en mira el conciliar la una con la otra, omitiendo en alguna parte la severidad de la obligación por complacer al mundo y no ofenderlo. Persuadámonos bien que si damos lugar á conciliación estamos perdidos. Nosotros mismos, pero ya muy tarde, caeremos en la cuenta de que la union de la propia obligación y de la complacencia es imposible. Queremos, pues, mantenernos y merecer tambien los elogios del mundo? aprendamos á resistirle y á desagradarle cuando la ocasion se presente; nuestros sentimientos ni le sean ocultos ni equivocós; declárenos francamente en favor de la virtud, de la justicia, de la caridad, de la religion, de la fe, de la sumision á la Iglesia, de la piedad y de la propia obligación. Cuando al mundo nos verá resueltos, ya no tendremos que temer de su parte ni gritos ni tumulto. Segundo. *Aplicación de este ejemplo á nuestra conducta interior.* Todos tenemos en nosotros mismos una especie de Estado que gobernar, un Estado agitado de facciones, dividido por diferentes intereses, sujeto á sediciones y á rebeliones, y donde lo que hay de mas vil, mas ciego y mas despreciable, hace continuos esfuerzos para tenerlo todo sujeto á sí y dar la ley. ¡Ay de mí! ¿cuántos gemen al ver que en sí mismos todo está en consternación y en el mas horrible desorden! Se lamentan que no son ya los señores ni dueños de sí, que las pasiones los arrastran á los placeres y les hacen hacer cosas que ellos detestan, de que se avergüenzan y de que se arrepientan.... De dónde, pues, procede esto? Procede de no habersabido desde el principio mandar, hacerse temer y obedecer. Queremos nosotros volver á poner las cosas en orden? Ejercitemos un imperio absoluto y seamos inexorables; decláremos á nuestro cuerpo que de él no queremos otra cosa que servicio, trabajo, práctica de penitencia y jamás placer alguno. Intimemos á nuestro corazón la ley de Dios y sofiquemos desde su nacimiento todo desseo que no sea conforme á ella. No permitamos á nuestro espíritu sino pensamientos útiles, ni otro conocimiento que el de la religion y el de nuestras obligaciones. Pongamos un freno á nuestra lengua, un velo sobre nuestros ojos y un tapon á nuestras orejas. Consultemos todos los dias nuestra conciencia y ejecutense luego al punto sus órdenes, y el primero de nuestros sentidos que excitare la mas ínfima rebelión ó hiciera sentir el mas ínfimo ruido, sea luego al punto severamente castigado, y entonces volverá la calma y la tranquilidad, y gozaremos delante del Señor una paz profunda y la abundancia de los bienes del cielo.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! concedeme ¡oh Señor! la gracia de cumplir estas santas practicas con fidelidad, para que por medio de la servidumbre y dependencia de mis sentidos y de la mortificación de mi carne, por medio de la sumision de mi espíritu á vuestra santa voluntad y por medio de una perfecta confianza de mi corazón en vuestras misericordias, llegue á la gloria y á la felicidad que vos me preparais. Amen.

## MEDITACION CCCXXVII.

JESUS SE SUJETA A PADECER EL SUPPLICIO DE LOS AZOTES.

San Mat., c. XXVII, v. 26.—  
San Marco, c. XV, v. 15.—  
San Juan, c. XIX, v. 1.

Primero, del rigor de este suplicio; segundo, por qué haya querido el Salvador sufrir tanto pudiendo rescatarnos con muchos menores tormentos; tercero, de los sentimientos que ha inspirado á los cristianos el suplicio de los azotes del Salvador.

## PUNTO I.

DEL RIGOR DE ESTE SUPPLICIO.

“Entonces, pues, cogió Pilato á Jesús y lo azotó...”

Primero. *Supplicio cruel por sí mismo.* La ley de los judíos prohibía dar más de cuarenta golpes, y aun no se daban sino treinta y nueve; pero entré los romanos no era limitado el número. Entre los judíos, el paciente estaba postrado ó inclinado; entre los romanos estaba derecho en pie, pegado á una columna que él abrazaba con las manos atadas con correas al otro lado de la misma, y con los pies unidos y pegados á lo bajo de ella. Los cuatro soldados que debían crucificar el paciente cuando debía ser crucificado, estaban tambien encargados de esta ceremonia. Los azotes se daban con varas, con correas ó con cuerdas, y tal vez estos instrumentos remataban en nudos, ó estaban armados de garfios de hierro y puntas bien ajustadas á las cuerdas.<sup>1</sup> Este suplicio era tan horrible entre los romanos, que solamente se usaba para los extranjeros y esclavos. Se servian tan-

1 Deuter., c. XXV, v. 2.  
2 2 Ad Cor., c. XI, v. 24.  
3 Lib. III. Reg., c. XII, v. 11. Se llamaban escorpiones.

bien de él como de una especie de tormento para sacar la verdad de la boca de los culpados, y muchos espiraban debajo de los golpes no pudiendo sostener la violencia de tan cruel tormento.<sup>1</sup> Tal es ciertamente, ¡oh divino Jesús! el cruel y vergonzoso tormento que vos habeis querido sufrir por nosotros, y á que os habeis sujetado para expiar nuestros desgraciados y malvados placeres. ¿Cómo puedo yo ofenderos aun?

Segundo. *Supplicio mas cruel por las particulares circunstancias.* La primera era el fin de Pilato. No habia él renunciado á su primer designio que habia propuesto dos veces, que era de castigar á Jesús y librarlo después; pero queria que el pueblo quedase contento, y por esto quiso hacer de Jesús un objeto de compasion capax de enternecer los corazones mas bárbaros; en su consecuencia, dió sus órdenes á los verdugos y fueron cruelmente ejecutadas. La segunda fué la debilidad de la carne de Jesús.

Desde los primeros golpes, aquella carne virginal quedó cárdena, rota y maltratada; de todas partes corria como un arroyo la sangre. Los crueles instrumentos se llevaban consigo á edazos la carne, y no tardó de ser una sola llaga á todo el cuerpo de Jesús; ó antes bien, cayendo los golpes sobre las llagas, fueron haciéndose continuamente otras nuevas sobre las que ya habian hecho.... ¡Qué atroz, que sangriento espectáculo! ¡Quién podrá pensar en él sin estremecerse y sin horrorizarse! ¡Oh Dios mio, con qué título he podido yo merecer que sufrais tanto por mí! La tercera fué el silencio de Jesús. En medio de un suplicio tan horrible, no profirió Jesús una sola palabra, no se oyó salir de su boca la mas mínima queja ni el mas mínimo suspiro. Se habria pensado acaso que era insensible á los golpes de que era oprimido y destruido. Un silencio tan divino y sin ejemplo, lejos de enternecer aquellos corazones feroces, servia antes para irritar su rabia y para animarlos á multiplicar los golpes aun con mayor crueldad.... No cesaron sino cuando estuvieron ellos mismos faltos de fuerzas, y tuvieron miedo que el paciente espirase y que la víctima huýese de sus manos.

Tercero. *Supplicio infinitamente cruel por testimonio de los profetas.* Aquí los evangelistas observan un silencio bien sorprendente San Lucas no habla palabra de los azotes. San Mateo y San Marcos los indican solamente con esta palabra: *Hizo azotar á Jesús.* San Juan solo hace de ellos un articulo separado en que dice puramente esta palabra: *Y lo azotó.* Pero si el celo de estos discípulos aficionadas á su Maestro fué tan contenido, para que no pareciese sospechoso, Dios ha dado á su Hijo testimonios de otro género, cuales solo á él oprimen dar, y que siendo anteriores por muchos siglos al suceso, no podian hablar sino después de haber

1 Por relacion del jurisconsulto Ulpiano.

sido iluminados de una luz divina; cuyas expresiones no podian ser sospechosas de parcialidad ni de exageracion, y cuyo testimonio lleva consigo una prueba convincentisima. Seria cosa muy larga querer referir aqui lo que los profetas han dicho de los azotes del Salvador. Nos contentaremos con referir algunos pasos.... “*Los pecadores* (dice David<sup>1</sup> en la persona del Mesias) *han fabricado* (ó dado golpes) *sobre mis espaldas....*” Me han batido y golpeado como los herreros baten sobre el yunque, á grandes golpes, de concierto y sin interrupcion; ó segun otro significado de la palabra hebrea, han trabajado sobre mis espaldas, las han surcado con haber hecho llagas largas y profundas. Y en otra parte.... *han contado mis huesos....* “*habiéndolos visto descubiertos y despojados de las carnes que los cubrian....*” Dios (dice Job<sup>2</sup>), me ha entregado en manos de los impiós.... me ha quebrantado y puesto como por su blanco.... Me ha traspasado los lomos por todas partes, no me ha perdonado.... Me ha destruido con heridas sobre heridas; se aplomó sobre mí como un gigante....<sup>3</sup> De la planta del pié (dice Isaías) hasta la cabeza, no hay sanidad alguna en él; al opuesto, herida, cardenal y llaga hinchada que no haya sido exprimida, ni fajada, ni templada con odio.... Finalmente, Isaías dice tambien<sup>4</sup> “*ciertamente él fué llagado, estrujado de los golpes por causa de nuestras maldades....*” ¡Oh Dios mio! por nuestros pecados; ¿Cómo! ¿por los malvados vos sufris un tal suplicio? ¿por mí sufris dolores tan excesivos? ¿por mí vos abandonais vuestra carne inocente á cuanto la crueldad tiene de mas bárbaro? ¿Y yo? ¿qué haré yo, pues, ¡oh Salvador mio! que haré yo por vos! y por expiar mis propios pecados?

## PUNTO II.

POR QUÉ MOTIVO EL SALVADOR HAYA QUERIDO SUFRIR TANTO PUDIENDO REMCATARNOS CON MUCHO MENORES PENAS.

Esta es una pregunta que se hace algunas veces, y ya que hemos llegado al primer derramamiento de sangre, causado por los verdugos de Jesucristo, es cosa oportuna responder aquí, y lo que diremos servirá para toda la pasion. Nosotros no pretendemos penetrar los consejos de Dios que adoramos; pero sin querer investigar estos abismos, podemos indagar con respeto las razones de su conducta que pueden adaptarse á

1 Psalm. CXXVIII v. 3.  
2 Psalm. XXI, v. 18.  
3 Job, c. XVI, v. 12, 15.  
4 Isai., c. I, v. 16.  
5 Isai., c. LIII, v. 5.

nuestra capacidad y servir á nuestra edificacion.

Primero. *Razones tomadas de parte de Dios.* Quiso el Salvador sufrir todos estos excesos para mostrar á Dios su amor, su respeto, su obediencia y para satisfacer abundantemente á su justicia. El amor no está ocioso, quiere manifestarse, no se sacia sino de excesos, y creeria no haber hecho cosa alguna si dejase de hacer ó de padecer alguna cosa. Aquellos en quienes arde alguna centella de este divino amor, se animarán de este pensamiento y comprenderán cuál deba ser la sed de Jesús por las humillaciones y por los sufrimientos que debian honrar á su Padre.

Segundo. *Razones tomadas de nuestra salvacion.* Jesús era nuestro Salvador y nada quiso omitir de cuanto podia contribuir á nuestra salvacion. El ha sufrido. Primero. *Por sostenernos en nuestras penas.* Nosotros debiamos sufrir muchas penas y dolores: lo primero en el órden natural, después para conservar nuestra fe, y finalmente, en la practica de la virtud. El Salvador en todas estas penas ha querido ser nuestro modelo, nuestra fuerza y nuestra consolacion; ha querido que en nuestras penas podamos decir para sostenernos y animarnos: Yo sufro, pero lo que sufro es nada en comparacion de lo que ha sufrido mi Maestro por mí. Segundo. *Para hacernos aborrecer el pecado.* Mucho importaba para nuestra salvacion que tuviesemos una viva idea de la santidad de Dios, de su grandeza, de la severidad de sus juicios, del rigor de sus castigos, de la gravedad del pecado, y que comprendiésemos cuán enorme pecado es una desobediencia á las leyes de esta suprema Majestad. ¿Y de dónde podiamos derivar esta idea sino de los sufrimientos y de las humillaciones de nuestro Salvador? Si nosotros no las perdiésemos jamás de vista, no podríamos jamás resolvernos á cometer un solo pecado. Tercero. *Para excitar nuestra confianza.* Después de tantos pecados, después de tantas recaídas en los mismos pecados, en medio de tantas culpas que cada dia cometemos, teniamos necesidad de un poderoso motivo para no dejarnos llevar de la desesperacion y para animarnos á la confianza en Dios, sin la cual ninguno puede agradarlo. Pero shora quién podria ya turbarnos ó debilitar en nosotros los sentimientos de una entera confianza al ver la sobreabundancia del precio que se ha pagado por nosotros? Cuarto. *Para animar nuestra esperanza.* Ninguna cosa era mas propia para sostenernos en el ejercicio de las mas heroicas virtudes, que una alta idea de la felicidad del cielo, y una firme esperanza de que al fin de nuestros dias será nuestra recompensa. ¿No hallamos por ventura la una y la otra en la consideracion de cuánto ha padecido el Salvador para entrar en su gloria, sabiendo por la fe que lo ha ofrecido por nosotros y para hacernos participantes de la misma gloria? Quinto. *Para inflamarnos de amor*

divino. El compendio y la perfección de la ley, es el amor de Dios y el amor del prójimo. Y podemos nosotros meditando la pasión del Señor no amar á un Dios que nos ha dado su propio Hijo por Salvador; que se ha dado á nosotros de tantas maneras y que con tanto amor se ha abandonado por nosotros al furor de sus enemigos; podemos nosotros no amar á nuestros hermanos, que él ha amado, que ha rescatado como á nosotros, y que como á nosotros llama á la misma felicidad? Ahora, si el Señor nos hubiese rescatado con cualquiera pena ó tormento pequeño, bien que fuese de infinito precio, no encontraríamos en él todas estas ventajas que justamente nos procuró con haberse abandonado á tantos excesos. ¡Oh! y cuán amable es este divino Salvador! ¡oh! y cuánto merece nuestro reconocimiento y que lo hagamos todo por él!

Tercero. Razones tomadas de la gloria misma de Jesucristo. El cielo era debido á Jesucristo por derecho de nacimiento; pero ha querido merecerlo para sí y para nosotros, como debemos nosotros mismos merecerlo con la aplicación de sus méritos. Ahora, en aquella habitación de la vida, de donde está desterrada la muerte y donde todo vive en Dios, en aquella morada de la gloria, donde todas las acciones, penas, tormentos y sufrimientos de los santos viven en una eterna memoria y están siempre presentes delante del trono de Dios y en el espíritu de todos aquellos bienaventurados inmortales, no convenia que la cabeza y el rey de tantos héroes les precediese solamente por la dignidad de su persona y por los derechos de su nacimiento; era necesario que los sobrepujase también por el esplendor de sus méritos y por el heroísmo de sus virtudes. Y esta es la gloria que él se ha adquirido con las profundas humillaciones y con los crueles tormentos que ha sufrido. Y esta gloria misma contribuye á la felicidad de los santos. ¿Qué fortuna para ellos tener un tal rey por su cabeza, haberse dedicado á seguirlo y hallarse en su corte! ¡Oh! y cuál es la unión de sus corazones y el ardor de su amor para este rey de la gloria, que tanto ha hecho por ellos y les ha procurado una tan grande felicidad y á tan grande costa! Este pensamiento nos debe animar á seguirlo en sus humillaciones y en sus sufrimientos, para seguirlo después eternamente en la habitación de su gloria.

Tales son las razones que podemos pensar que Dios ha tenido en querer que su Hijo nuestro Señor obrase nuestra redención con su muerte, y que este divino Salvador haya tenido él mismo, para aceptar con júbilo estas condiciones y cumplir el orden de su Padre y serle obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz.

## PUNTO III.

DE LOS SENTIMIENTOS QUE ESTE SUPPLICIO DE LOS AZOTES DEL SEÑOR HA INSPIRADO Á LOS CRISTIANOS.

Primero. *A los mártires*: sentimientos de alegría en los suplicios.... Los azotes fueron el primer suplicio que se ha padecido por la fe. Los apóstoles, y san Pedro el primero, fueron los primeros que tuvieron el honor de sufrirlo por sententia del consejo de los judíos: "y salian alegres (dice la Escritura) de la presencia del consejo, porque habian sido juzgados dignos y merecedores de sufrir afrentas por el nombre de Jesús...." San Pablo se gloria de haber sufrido este suplicio ocho veces de los judios, cinco veces con correas ó cuerdas, y tres veces con varas,<sup>1</sup> y si lo rehusó bajo el tribuno Lisias,<sup>2</sup> fué porque en aquella ocasion no se trataba de la fe y del nombre de Jesús.... Todos los mártires en este mismo suplicio ó en otros semejantes, han manifestado su alegría y se han tenido por dichosos. ¿Quién otro que un Dios puede inspirar estos sentimientos en un suplicio tan cruel y antecedentemente tan vergonzoso? Y además, ¿qué otro sentimiento pueden tener aquellos que padecen este suplicio, sabiendo que un Dios ha querido sufrirlo por ellos?

Segundo. *A los fieles afligidos*. Sentimientos de sumision y de acción de gracias en sus penas.... Los dolores y las enfermedades del cuerpo, las penas del espíritu, las contradicciones, las humillaciones, las desgracias, los males públicos y particulares son azotes de Dios y como varas con que nos castiga. Los golpes que su mano paterna deja caer sobre nosotros son sensibles; pero una alma cristiana que sabe que ni menos él perdonó á su propio Hijo, lejos de dolerse y lamentarse de ellos, los recibe con sumision. Y aun va ella mas adelante; le da las gracias por haberla hecho con esto compaña en los sufrimientos de su Hijo, por hacerla con esto expiar sus pecados, por tenerla lejos de la ocasion de cometer otros, por perfeccionar y purificar así su virtud y despegarla de la carne y del mundo para que se una mas estrechamente á él solo. Ella entra también aparte de sus designios; Jesús paciente, Jesús azotado y destrozado de los golpes, es el objeto de sus meditaciones, es su apoyo y su fuerza, su consolacion y su esperanza.

Tercero. *A los penitentes y á las almas fervorosas*. Sentimientos de odio de sí mismas y deseo de mortificar su carne.... El suplicio de los azotes que padeció el Salvador, es entre todos

<sup>1</sup> Act. Ap., c. V, v. 41.

<sup>2</sup> Ad Cor., c. XI, v. 24.

<sup>3</sup> Act. I. Ap., esp. XXII, v. 24, 25.

sus suplicios el que la penitencia y el fervor pueden imitar mas fácilmente. Los azotes ó la disciplina ha sido empleada en la penitencia pública de la Iglesia, y lo es aun en la penitencia privada. Si tal vez se ha introducido algun abuso en este ejercicio, esta no es razon para proscribirla, y si no es cosa conveniente aconsejarlo á toda suerte de personas, es cosa aun menos conveniente el prohibirlo á todas. No se puede sin temeridad condenar ó despreciar un ejercicio que tantos santos han practicado, que tantos sabios fundadores de órdenes religiosos han prescrito, y de que san Pablo mismo parece habernos dado el ejemplo cuando dice: "yo combato, no como el que hiere el aire, sino castigo mi cuerpo y lo pongo en esclavitud...." Avergonzarse de la disciplina tomada por penitencia, es en algun modo avergonzarse de los azotes del Salvador. Si este ejercicio es humillante, ¿no lo fué por ventura el del Señor? Si es doloroso, ¿no lo fué también el suyo? ¿Pretendemos nosotros acaso expiar los pecados de nuestra carne sin hacerla sufrir? Si este es el castigo de los niños y de los esclavos, ¿no somos por ventura hijos indóciles y desobedientes, no somos esclavos insolentes y rebeldes? Debe sin duda este ejercicio ser regulado por una suma prudencia; pero las mas de las veces no se abandona acaso menos por prudencia que por pereza? Los santos han sacado de él muchas ventajas, que como ellos podemos también sacar nosotros; pero sin seguirlos en los devotos excesos á que ellos se han abandonado. La disciplina tomada regularmente y con la conveniente moderacion, nos une á los azotes del Salvador, nos aplica sus méritos, nos los imprime en la memoria y excita nuestro reconocimiento. Ella humilla la carne, la doma, reprime sus movimientos y las rebeliones; conserva el fervor y la alegría del espíritu, le ahuyenta los malos pensamientos, y lo despierta de la soñolencia, languidez y flojedad á que se deja naturalmente inclinar, y lo hace mas apto para elevarse á Dios y gustar las cosas celestiales. Los que no pueden ó los que no deben practicar este ejercicio, suplíanlo con otros instrumentos ó medios de penitencia que produzcan el mismo efecto, porque no debemos pasar la vida sin algun ejercicio de penitencia corporal y de conformidad con la pasión del Salvador, si queremos llegar á ser herederos de su gloria.

## PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Señor! vuestra penitencia, bien que excesiva, no me purificará si yo no uno á ella la mia. Expiaré, pues, en mi corazón el amor de los falsos gustos y de la vana gloria del mundo. Hacedme participante de vuestras humillaciones y de vuestros sufrimientos, ¡oh Jesús! para que participe de la felicidad del cielo. Amen.

## MEDITACION CCCXXVIII.

## JESUS ES CORONADO REY.

San Mat., cap. XXVII,  
v. 37.—San Márc., c.  
XXV, v. 16, 19.—San  
Juan, cap. XIX, v.  
3, 3.

Consideremos: primero, los ornamentos de la dignidad real de Jesucristo; segundo, los homenajes que rinden á la soberanía de Jesucristo; tercero, el misterio de la soberanía de Jesucristo.

## PUNTO I.

ORNAMENTOS DE LA DIGNIDAD REAL DE JESUCRISTO.

Primero. *El primero fué el manto*. "Entonces los soldados del presidente llevando á Jesús al pretorio, juntaron al redor de él toda la cohorte, y despojándolo, le pusieron encima una clámide<sup>1</sup> de color de coco...." Habiendo Jesús padecido el suplicio de los azotes y habiendo vuelto á tomar sus hábitos, les vino al pensamiento á los soldados, ministros de esta ejecución, y á todos los soldados del pretorio, el tener un divertimento digno de su crueldad, y tomaron para él la idea del delito mismo que imputaban á su prisionero. Lo acusaban de haber querido hacerse rey y de decirse rey de los judios, y se imaginaron hacer con él un rey de teatro y la ceremonia de su coronacion. Condujeron á Jesús del lugar donde habia sido azotado al atrio interno del pretorio donde estaban los soldados: aqui llamaban con ellos toda la cohorte. Todos se acercaron alli con diligencia. Entremos también nosotros en espíritu en este atrio del pretorio, observemos lo que en él se hace y pidamos al Salvador la gracia de comprender este profundo misterio y de aprovecharnos de él.... El primer distintivo de la soberanía que dieron á Jesús, fué un manto viejo y roto de color de púrpura que le echaron sobre el cuerpo por la alusión al manto real. Esta ignominia fué acompañado de un cruel suplicio, porque comenzaron por despojarlo de sus vestidos ya pegados sobre las llagas recientes que habia recibido de los azotes, y su sangre comenzó de nuevo á correr por todas partes. Entre tanto el Salvador no hablaba palabra, no dejaba escapar un suspiro ni hacia la mas mínima resistencia. Se dejaba conducir, despojar y revestir como querian. Expiaba con esto las delicadezas de nuestro cuerpo, los placeres de nuestra perversa carne, el lujo de nuestros vestidos, la va-

niad que de ellos sacamos y el orgullo que nos inspiran. Nos merecía la gracia de la penitencia y de la mortificación, la gracia del desprecio del mundo, de sus pompas y de toda su gloria. En los dolores del cuerpo, en las humillaciones, en la pobreza, unámonos á Jesús cubierto de aquella púrpura ignominiosa.

Segundo. *El segundo fué la corona.* "Y teniendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza...." Continuando los soldados su cruel divertimento, tomaron un manojo de espinas flexibles armadas de puntas duras y largas; de esto hicieron una corona que le pusieron sobre la cabeza y se la afianzaron haciéndole entrar á viva fuerza. La sangre corre por todas partes, y lo que habria causado compasion, lo que no se habria podido ver sin horror en los mas viles animales, no sirve para otra cosa que para excitar la risa insolente y los insultos crueles de aquellos bárbaros corazones. El Salvador se dejó poner y fijar esta nueva diadema, llevando de este modo sobre su cabeza inocente los frutos de la maldición fulminada á la tierra, expiando la loca ambición de nuestros padres, que después sucesivamente han ido enviando á sus hijos y que en los grandes y en las testas coronadas ha ocasionado en todos los tiempos tantos estragos y ha derramado tanta sangre. Expiaba aquel deseo de dominar que se halla en todos los corazones y que mueve á cada uno á alzarse sobre los otros á costa de la justicia, de la verdad, de la caridad y aun á costa de la fe. Expiaba todos los pecados que se conciben, que se sustentan y se mantienen en nuestras cabezas prevencidas, en nuestra memoria, en nuestra imaginación y en nuestro espíritu. Expiaba los cuidados idolátricos que se toman tantas personas mundanas, por adorar una cabeza pecadora, de deseos de exponerla á la pública vista y tirarse detrás de sí con ella, adoradores, por adorar una cabeza orgullosa y un ídolo abominable que no es otra cosa que polvo y que debe convertirse en polvo. Nos merecía la gracia de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del desprecio de las grandezas y de la estima del mundo. En las tentaciones, en los proyectos de fortuna, de ambición ó de venganza, en los pensamientos ó en las imaginaciones impuras, pensemos en la cabeza de Jesús coronada de espinas, y cuando descaicemos en esta parte del cuerpo, pensemos en los pecados que hemos cometido contra ella, y para expiarlos unamos lo poco que en ella sufrimos con lo que Jesucristo mismo ha padecido en ella por nosotros.

Tercero. *El tercero fué el cetro.* "Y una caña en su mano derecha...." En vez de cetro le pusieron en la mano derecha un pedazo de caña. Ninguna cosa rehusó Jesucristo; la aceptó, la tomó y la tuvo en la mano como ellos deseaban. En este estado finalmente, comparémosle á aquella insolente soldadesca un objeto digno

verdaderamente de risa. Si hubieran tenido algun sentimiento de humanidad, habria antes debido parecerles un objeto digno de compasion. Pero á los ojos de la fe, ¡oh cuán digno es de nuestras adoraciones, de todo nuestro amor y de todo nuestro reconocimiento! Con aquella caña nos advierte de todas las potestades terrenas, la vanidad de todas las humanas grandezas, satisface por los pecados que se cometen con el abuso de la autoridad y santifica el cetro de los reyes y les merece la gracia de evitar los innumerables peligros de que está rodeada la potestad soberana. Merece la misma gracia á todos aquellos que tienen cualquier imperio, y cuyos peligros de toda especie crecen á proporción de su altura. Los monarcas y todos los que mandan, deben unir su cetro al de Jesucristo y las penas que á él están anexas á las que Jesucristo sufre. Todos los hombres deben poner su confianza en el cetro de Jesucristo, deben mirarse á sí mismos como débiles cañas que no pueden tener estabilidad sino en cuanto se abandonan en las manos de Jesucristo y en cuanto los lleva y los sostiene esta mano omnipotente.

## PUNTO II.

HOMENAJES QUE RINDEN Á LA SOBERANÍA DE JESUCRISTO.

"Y doblando la rodilla delante de él, se burlaban.... y empezaron á saludarle.... y se acercaban á él y decían: Dios te salve, rey de los judíos, y le daban de bofetadas.... y le daban golpes en la cabeza con una caña, y le escupían encima, y doblada la rodilla lo adoraban...." En estos homenajes que rinden á Jesucristo, hagamos las siguientes reflexiones.

Primero. Consideremos lo que *padece* y lo que *sufre*. Sufre burlas y escarnios, en gestos y en palabras.... Iban delante de él los unos después de los otros, y para burlarse de él doblaban la rodilla, lo adoraban y lo saludaban diciéndole: Te saludo, rey de los judíos.... Sufre insulto y ultraje en bofetadas y en salivas.... Así tambien lo habian tratado en casa de Caifás, en burla y desprecio de su calidad de Mesías y de profeta. Aquí su calidad de rey le cuesta mucho mas aun.... Sufre finalmente dolores crueles y golpes inauditos que le dan. Tomaban la caña que tenía en la mano, y con ella le daban golpes en la cabeza, sirviéndose de este modo de su cetro para consolidar mas sobre su cabeza la corona que llevaba. ¡Qué barbarie! ¡Qué crueldad! Ninguna cosa rehusó Jesucristo; la aceptó, la tomó y la tuvo en la mano como ellos deseaban. En este estado finalmente, comparémosle á aquella insolente soldadesca un objeto digno

con violencia y á grandes golpes ¡qué suplicio! y ¡oh por cuanto tiempo duró esta sanguinosa escena! ¡Ah! ¡cuántos de estos golpes recibió Jesús! Es regular que ninguno de los soldados haya querido eximirse de prestar su homenaje, y que cada uno de ellos le haya dado replicados golpes. ¡Oh Salvador mio y rey mio, á qué precio me rescatáis! ¡oh y qué cara os cuesta mi alma!

Segundo. *¿Cómo lo sufre él?* Con una paciencia mas que humana, y de hecho divina.... Aquí tambien se cumple la palabra del profeta: "He abandonado mis mejillas á los que arañaban el pelo de la barba; no he apartado el rostro de los que me cubrían de injurias y de salivas...." Aquí Jesús no tenía los ojos vendados como en casa de Caifás; aqui veía los homenajes insultantes que se le rendian, veía los golpes que se le preparaban, y con todo eso, el temor no le hizo jamás hacer algun movimiento para evitarlos ó disminuir la violencia. Cuando le quitaban de la mano la caña, la cedía, cuando se la volvian á poner, la volvía á coger. Todo lo sufría en un profundo silencio y como si fuese del todo insensible. Si los soldados hubieran reflexionado por un momento sobre una paciencia tan extraordinaria, habrian sospechado en ella algun misterio, y habrian temido pasar mas adelante; pero al contrario, aquella paciencia sobre que no reflexionan, aumenta su insolencia y los confirma en su barbarie. ¡Cual será su sorpresa y su desesperacion cuando verán al que ahora tratan tan indignamente, ser su juez en el día de la eternidad!.... Jesucristo sufre todavía nuestros pecados, nuestros desprecios, nuestros insultos y nuestras blasfemias. La paciencia de Dios, que deja en el mundo tantos pecados sin castigo, hace audaces los pecadores, pero debería hacerles temblar. ¡Ay de mí, y cuán sorprendido quedaré yo cuando vea la majestad terrible á quien sirvo con tanta negligencia, que con tanta facilidad ofendo y á quien con tanta frecuencia falto al respeto!

Tercero. *¿Por qué sufre?* Sufre por expiar el culto impío que los idolátricos han dado á los demonios con desprecio de Dios su Criador y su bienhechor, á quien debian homenaje, obediencia, reconocimiento y amor. Para expiar el culto superficial y puramente externo que los judíos por la mayor parte daban á Dios, que solo honraban con los labios, mientras su corazón estaba lejos de él, rebelde á sus leyes, desobediente á sus órdenes, pegado á la tierra é indiferente á las promesas de la ley y á los bienes celestiales que el Mesías les debía traer. Para expiar el culto hipócrita de tantos falsos cristianos que han recibido el bautismo y no observan sus promesas, que se glorian de creer el Evangelio y no escuchan á la Iglesia, que tienen la fe y la deshonran

con sus obras, que por sus votos y su hábito hacen profesion de piedad y viven en pecado, y que en las acciones mas santas, en el uso de los sacramentos, en la adoracion externa de la divina Majestad y hasta al pié de sus altares, lo insultan con la corrupcion de su corazón, con las pasiones que dentro de sí sustentan y con los pecados en que viven y aman.—¡Ah Salvador mio! ¡cuánta parte tengo yo en los homenajes insultantes y dolorosos que habeis sufrido en el pretorio! Yo soy el que os he puesto aquella corona de espinas, el que os he insultado con burlas, el que os he escupido en el rostro, el que os he dado golpes en la cabeza y he hecho correr por ella la sangre, y el que os he ocasionado tan crueles dolores. Pero vos habeis sufrido tan crueles ultrajes para merecerme la gracia de dar á Dios un culto puro y de adorarlo en espíritu y verdad. Por vos solo, ¡oh Salvador mio! le puedo dar este justo tributo, y borrar los pecados del culto lleno de hipocresía y de disimulacion con que tan frecuentemente lo he irritado. Me postró, pues, á vuestros piés, ¡oh Dios mio! ¡oh Rey mio! perdonadme todas mis irreverencias. Querria poder recompensar con mis sinceros homenajes todos los ultrajes que recibí aun entre nosotros. ¡Ah! perdonadnos, Señor; madad nuestros corazones para que podamos, por medio de un culto digno de vos, reparar la manera indigna con que por lo pasado os hemos servido.

## PUNTO III.

MISTERIO DE LA SOBERANÍA DE JESUCRISTO.

Lo que de parte de los soldados romanos era una escena de burla y de crueldad, era de parte de Dios un misterio de gloria y de salud.... Es allá sobre el monte de Sion donde Jesús es verdaderamente establecido Rey.<sup>1</sup> Allá es donde su Padre le da como la investidura de un reino bien diferente de los reinos de la tierra. Allá Jesús toma la posesion de él, allá recibe los distintivos ó insignias de su soberanía; allá es hecho é declarado Rey de Israel, aquel Rey prometido á los judíos, la salvacion del mundo y la espectacion de las naciones.... Allá es donde Jesús viene á ser:

Primero. *Rey de los mártires.* Con ellos dividirá el cáliz de su pasion, y ellos lo beberán con él. Participarán de sus dolores, de sus azotes y de su cruz; pero la corona, la púrpura y el cetro pertenecen á él solo. Este es un género de suplicio reservado á él solo y de que ninguno participará con él. Podrán los tiranos inventar y ejercitar sobre sus discípulos toda suerte de tormentos atrocés é inauditos, menos este,

1 Isai., c. L, v. 6.

1 Psalm. II, v. 6.

que debe en todos los siglos y en la eternidad distinguir el rey de los súbditos. Todos los otros suplicios están subordinados á esta corona de espinas, á este cetro de caña y á esta púrpura ensangrentada. De aquí traen ellos su mérito, su esplendor y su gloria. De aquí sacan los mártires su fuerza, su valor y su perseverancia. Os adoro, ¡oh Rey de los mártires! vos habeis tenido mucha razon en decir, ¡oh sumo Rey! que vuestro reino no era de este mundo. ¿Y quién jamás habria pensado en hallar en medio de tantos oprobios y tormentos una soberanía real, tan sublime, tan admirable, tan excelente, tan perfecta?

Segundo. *Rey de los escogidos.* Todos no son llamados á la gloria del martirio, pero todos deben trabajar para ser del número de los escogidos. Si aspiramos como debemos á aquella felicidad, he aquí nuestro Rey, no nos engañemos, este es el que debemos seguir, el que debemos imitar y á quien debemos hacernos semejantes para entrar con él en su reino. Contemplemos su corona, su cetro y su púrpura. ¡Ah! no nos atemorice esta apariencia; él es el Rey de las virtudes; ni por otro camino que por el de las virtudes humillantes, mortificantes y penosas, podemos llegar al cielo. Se nos presentará á nosotros un otro rey coronado de rosas, resplandeciente de gloria, con cetro de oro en mano; pero ¡ah! no lo sigamos, es un impostor; su esplendor es un prestigio; sus amenazas sus promesas, y el término á que quiere conducirnos es un horrible abismo. es un suplicio eterno. Sigamos al Rey de los escogidos; en su seguimiento, sostenidos de su fuerza, animados de su ejemplo y fortificados en la grandeza de nuestra esperanza, encontraremos en la mortificación, en la penitencia, en la fuga de los placeres, en la mansedumbre, en la humildad y en la paciencia, una consolación mas sensible y una felicidad mas sólida que en todos los bienes que pueden prometernos el demonio, la carne y el mundo. Jesús, nuestro Rey, ha tomado sobre sí cuanto en esto habia de mas duro y de mas penoso; si quedan aun algunas espinas en el camino de la virtud, si en él encontramos tal vez algunas debajo de nuestros pasos, pensemos que ellas han traspasado la cabeza de nuestro Rey y han hecho correr por ella arroyos de sangre. ¿Y tendremos después de esto corazón para lamentarnos? ¡Ah! si somos tan delicados que no queremos sufrir cosa alguna en seguimiento de nuestro Rey coronado de espinas, tanamos ser un día excluidos del número de sus súbditos y del reino de la gloria, al que él nos conduce.

Tercero. *Rey de todas las criaturas.* Aquella soberanía llena de dolores y de confusion, es al mismo tiempo una soberanía llena de virtudes y de méritos; aquella soberanía, cuyos distintivos recibe aquí Jesucristo de las manos de su Padre, debía durar para él y para los que lo siguen solo por un breve espacio de tiempo, después del

cuál debía mudarse en una soberanía llena de grandeza, de majestad y de poder. Nosotros podemos someternos y echarnos fuera de la primera; pero toda criatura estará necesariamente sujeta á la segunda; que por medio de la primera ha adquirido él, y que le ha dado el derecho de reinar sobre todas las criaturas y de juzgarlas sin apelacion y por toda la eternidad. Amigos y enemigos, fieles é infieles, todos deben comparecer delante del tribunal de este sumo Rey, y recibir de él la sentencia irrevocable que decidirá de su suerte eterna. Ya no será jamás rey de ignominia y de dolor, objeto de irrisión y de compasion, rodeado de soldados que lo ultrajen y lo atormentan, sino Rey de gloria y de majestad, cercado de ángeles ejecutores de sus órdenes, y un Rey justo y omnipotente, que vendrá á juntar y llevar consigo los que habrán sido participantes de sus sufrimientos, y á condenar á los suplicios eternos los que habrán rehusado reconocerlo, los que habrán quebrantado sus leyes, los que habrán despreciado sus humillaciones y los que habrán ultrajado ó su persona ó la de sus siervos.

#### PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Rey supremo! os adoro en el estado de vuestra humillacion. No me desecheis en el día de vuestra gloria; reinad sobre mí desde ahora y para siempre. Amen.

#### MEDITACION CCCXXIX.

ECCE HOMO.

JESUS ES MOSTRADO AL PUEBLO.

S. Juan, c. XIX, v. 4, 8.

Primero. Jesús es mostrado al pueblo. Segundo. De la palabra de Pilato: Ecce homo; he aquí el hombre. Tercero. De la palabra de los judíos; se ha hecho Hijo de Dios.

#### PUNTO I.

JESUS ES MOSTRADO AL PUEBLO.

Primero. *Pilato anuncia á los judíos que les hará ver á Jesús.* "Salí, pues, fuera de nuevo Pilato, y les dijo: he aquí que os lo traigo fuera; para que sepais<sup>1</sup> que no hallo en él causa algu-

1. Hay aquí un hebraísmo y una frase abreviada, como si hubiese dicho: para que sepais como yo lo he tratado, bien que en él no encuentro algun delito.

na...." Habiendo Pilato visto el estado en que la crueldad de los soldados habia puesto á Jesús, esperó que tan tierno espectáculo haria impresion sobre el corazón de los judíos, y ordenó que fuese sacado fuera. Salíó despues donde estaba el pueblo, y compareció sobre la tribuna, de donde les habia hablado varias veces. La intencion de Pilato era disponer los ánimos é inspirar al pueblo algun sentimiento de compasion para con aquel que les queria mostrar. Les acordaba el juicio que de él habia hecho, siempre declarándolo inocente, indicaba indirectamente á su espíritu la condescendencia que habia usado con ellos, haciéndolo castigar, bien que inocente, y les pedia en contracambio que se contentasen con aquel suplicio, aun cuando le creyesen culpado; finalmente, les hace ver que les habia mantenido la palabra, que lo habia hecho castigar, como habia prometido, y mas aun. Pero en este Pilato no hacia otra cosa que hacer traicion á su deber y degradarse á sí mismo: él se engañaba en su esperanza, se condenaba á sí mismo por su propia confesion, se contradecía en sus juicios, y mantenía solo la mitad de la palabra que habia dado, porque habia, es verdad, ejecutado la promesa hecha á la iniquidad; pero no ejecutaba despues la que habia hecho á la justicia, que era de librar á Jesús despues de haberlo hecho castigar. En vez de librarlo, lo remite todavía al arbitrio de sus enemigos, y continúa á hacer el personaje de intercesor, donde está encargado de hacer el de juez. Tal es justamente la conducta que muchas veces se tiene en la causa del justo, del pobre, de la viuda y del huérfano.

Segundo. *En qué estado comparece Jesús.* "Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura...." Llevaba tambien, sin duda, una caña en la mano, y compareció sobre la tribuna en el estado de dolor y de desprecio que lo habian puesto los soldados.... No bastaba, ¡oh Salvador mio! que hubiéseteis tenido vos por testigos de vuestros oprobios á los que os lo habian ocasionado; era aun necesario, que tuviésetis en este estado de ignominia la confusion de ser expuesto al ludibrio de todo un pueblo, y lo que es aun mas sensible, al de vuestros mas crueles enemigos.... Pilato, mostrando á Jesús, "les dijo: Ecce homo; ved aquí el hombre...." He aquí aquel que vosotros acusais de excitar sediciones y de aspirar á la soberanía. Mirad si en el estado en que se halla tenéis alguna cosa semejante que temer.... ¡Ay de mí! ¡y á qué estado estaba reducido! Su rostro estaba cubierto de sangre y confundido de los golpes; su cuerpo medio desnudo y destrozado por todas partes, no mostraba otra cosa que llagas ensangrentadas. Lo hemos visto, dice el profeta<sup>1</sup> Isaías; hemos visto aquel hombre desprec-

ciado, aquel hombre de dolores, el último de los hombres. ¡Ay de mí! ¡en qué ha venido á parar aquella divina belleza que arrebatava todos los corazones! ¿Quién lo habria podido reconocer en el miserable estado en que lo hemos visto? Lo hemos visto tenido por un leproso, herido de la mano de Dios.... Era, de hecho, aquella mano terrible la que lo habia herido y humillado. Llevaba por nosotros la pena que habiamos merecido y que sin él hubiéramos padecido eternamente, sin poder jamás expiar nuestros pecados, porque para expiarlos, ha sido abierto de llagas y quebrantado debajo de los golpes.

Tercero. *Qué sentimientos excitó la vista de Jesús.* "Pero luego que lo vieron los pontífices y los ministros, alzaron las voces, diciendo: crucifícale, crucifícale...." No es aquí el pueblo el que hace sentir su voz. Acaso un espectáculo tan tierno empezaba á excitar en los corazones sentimiento de compasion, y acaso lo echaron de ver los pontífices ó varieron de ello temor. Se dieron prisa á prevenir la respuesta del pueblo, y el pueblo no les contradijo.... No se sacian aun con cuanto han hecho aquellos corazones bárbaros y celosos; tienen todavía de aquel poco de vida que le queda aun á Jesús, y no se contentarán sino cuando la haya perdido sobre la cruz. ¿Pero qué pensamiento debe excitar en nosotros la vista de Jesucristo en el estado en que Pilato lo presenta? Nosotros que sabemos que el padece por nosotros, que por nosotros se ha puesto en aquel estado de desprecio, de abatimiento, de dolores, y en un estado capaz de mover á compasion los corazones mas insensibles, ¿no nos moveremos al verlo en sus sufrimientos y en sus oprobios? ¡Ah! ¿cómo podrá jamás nuestro amor corresponder bastantemente á un amor tan grande, y nuestro reconocimiento á tan grandes beneficios?

#### PUNTO II.

DE AQUELLA PALABRA DE PILATO: HE AQUÍ EL HOMBRE; ECCE HOMO.

Hemos visto en qué sentido dijo Pilato esta palabra á los judíos. Pero esta palabra es muy digna de consideracion, para no pensar que Pilato es aquí el órgano de Dios mismo. Debemos pues considerar estas palabras como si fuesen enderezadas á nosotros, pensando que nos viene presentado Jesús por cada una de las personas de la Santísima Trinidad.

Primero. *Por el Padre,* que nos lo da como su Hijo y nuestro maestro, y que exige que le adoremos y que le obedezcamos. *He aquí el hombre* nos dice; he aquí el Hijo del hombre; aquel hijo que he prometido á Adán, á Abraham y á

1. Isai., c. LIII, v. 2, 3.

David; aquel Hijo del hombre que es al mismo tiempo mi Hijo único y amado, que me es consustancial é igual en todo por la naturaleza divina, que yo lo comunico, que me está sumiso y obediente en la naturaleza humana, que él ha unido á sí por amor mio y por amor nuestro. *Helo aquí:* ya os lo he dado, yo os lo doy; él es vuestro sin dejar de ser mio. . . . Mirad el estado en que he consentido que lo pongan, porque lo ha deseado por vuestro amor. Ha querido por reparar mi gloria y por salvaros humillarse hasta el anonadamiento,<sup>1</sup> y por esto yo le he dado un nombre que es sobre todo nombre, para que al solo nombre de Jesús, ó de grado ó por fuerza, toda rodilla se doble en el cielo, sobre la tierra y en el infierno. Así nos habla Dios, y es obligación nuestra hacer con todo el fervor de que somos capaces, actos de reconocimiento, de amor, de respeto, de adoración, de fidelidad y de obediencia.

Segundo. *Por el Hijo*, que se muestra á nosotros como nuestro Salvador y nuestro modelo; que exige que pongamos en él toda nuestra confianza y que hagamos todos nuestros esfuerzos para hacernos semejantes á él. *He aquí el hombre*, nos dice, de quien tenéis necesidad para ser reconciliados con Dios, para ser sanados de vuestras heridas y para ser librados de los castigos que habéis merecido. Yo me he hecho hombre para este fin, y me he obligado á cumplir todo esto. Sobre mí he tomado los artículos y las condiciones de vuestra paz;<sup>2</sup> me he encargado de vuestras deudas, llevo el peso de vuestros dolores, de vuestras enfermedades, de vuestras llagas y de vuestros suplicios. Vosotros veis á qué exceso de dolor y de humillaciones me he reducido: En el estado en que estoy, conviene reflexionar que soy un hombre. ¡Ah! soy un gusano de la tierra, no un hombre,<sup>3</sup> el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo, un objeto de derision para los que miran con los ojos de la carne. Yo me presento á los ojos de vuestra fe, vosotros sabéis quién soy yo y por qué fin me hallo en el estado en que me presento. Unidos á mí, pond en mi toda vuestra confianza, y yo os libraré de vuestros enemigos, como sabré librarlos de los míos.

Tercero. *Por el Espíritu Santo*, que nos lo presenta como rey y esposo de nuestras almas y que exige que lo amemos con el amor mas tierno y el mas respetuoso. Hija de Sion, nos dice en los cánticos,<sup>4</sup> ven fuera y ven á ver al rey pacífico con la diadema de que lo ha coronado su madre en el día de sus desposorios, día que hace la alegría de su corazón: *he aquí el hombre* que yo he formado por vosotros en las castas en-

1 Ad Philip., c. II, v. 7.

2 Isai., c. LIII, v. 5.

3 Psal. XXI, v. 7.

4 Cant., c. III, v. 11.

trañas de una Virgen; mirad la diadema con que lo ha coronado la Sinagoga su madre, y que él lleva con júbilo, por el ardiente amor de que está encendido por vosotros. He aquí el momento de sus desposorios; acercaos á él, y si vosotros lo aceptais por esposo, seguidlo. No está lejos el momento de contraer con él una alianza eterna. Sobre la cruz se cumplirá este misterio, y se consumará en el cielo en las delicias de un divino y eterno amor. ¡Alma mia, qué feliz anuncio! He aquí aquel tierno esposo que bajó del cielo para buscarte, para llamarte, para conseguirte y tenerte. ¡Oh esposo divino, á qué gran precio me pagais! ¡Oh! ¡cuánto os cuesta el hacerme digno de vos! Me postro á vuestros pies, me reconozco indigno de tan sublime altura; pero pues que vos queréis con vuestra liberalidad y con vuestros tesoros llenar el intervalo inmenso que hay entre los dos, acepto, Señor, vuestros favores. Yo os consagro todos los sentimientos de mi ternura y todo el amor de mi corazón. Soy vuestro, ¡oh divino Esposo mio! en el Calvario y sobre la cruz. No os pido otra gracia que la de morir allí con vos. ¡Ah! ¡cuánto vendrá aquel día afortunado que me unirá para siempre con vos! No me abandonéis ¡oh tierno esposo! en el lugar de mi destierro, durante el tiempo de mi separación. Mientras espero el momento de veros, no tendré aquí en la tierra otra consolación que la de unirme á vos por medio de vuestro Sacramento, y de conformarme á vuestra cruz por medio de mis sufrimientos.

### PUNTO III.

DE AQUELLA PALABRA DE LOS JUDÍOS: "SE HA HECHO HIJO DE DIOS."

Primero. *De la ley que citan los judíos.* Indignado Pilato al ver la rabia de los judíos en pedir que Jesús fuese crucificado, les dijo: "Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro en él delito. Le respondieron los judíos: Nosotros tenemos ley y según la ley debe morir porque se ha hecho hijo de Dios. . . ." No hubo jamás semejante ley. La ley según la cual debe morir, no es otra cosa de parte de los judíos que la ley de su pasión, y de parte de Jesús no es otra que la de su amor. Había una ley que condenaba á muerte al blasfemo y á los falsos profetas, y demasiados de estos se hallaban entre los adoradores del verdadero Dios; pero era sin ejemplo entre ellos que alguno se hubiese dicho hijo de Dios en un sentido propio y natural que lo hacía igual á Dios. Lo había dicho á todo el pueblo en las públicas instrucciones que hacía en el templo, mas claramente aun lo había dicho

1 Levit., c. XXIV, v. 16.—Deut., c. XVIII, v. 20.

en medio de todo el Sinedrio. No se había tratado en el segundo, y confirmaba su testimonio con el derramamiento de su sangre y con el peligro de vida que estaba próximo á dar por esta verdad. Se había hecho hijo de Dios; pero había probado serlo con infinitos milagros que había obrado en esta calidad, y lo probaba actualmente aun por la manera que sufría y por el concurso de todas las profecías que se cumplían en él. ¡Oh y de cuánto consuelo es para nosotros esta verdad! ¡Cuán bien fundadas son nuestras esperanzas! ¡Oh cuán racional y bien apoyada nuestra fe! ¡Cuán legítimos nuestros cultos y nuestro amor!

Segundo. *De la Providencia de Dios en la manifestación de su Hijo.* Es admirable el modo con que el curso de su pasión y por una serie natural de hechos, ha mostrado la Providencia sucesivamente la calidad y juntamente las dos naturalezas del Salvador. Mientras Pilato presenta á Jesús á los judíos y les muestra su humanidad degradada y humillada, diciéndoles: "¡Veis aquí el hombre," los judíos de su parte desubren su divinidad de que él no había aun oído hablar, y le dicen: *Se ha hecho Hijo de Dios.* Le habían llevado á Jesús porque se decía el Cristo Rey. Su calidad de Cristo ó de Mesías y de profeta, que era de inspección de los que poseían las Escrituras, no quisieron reconocerla los judíos, antes lo ultrajaron con la venda, con las salvas y con las bofetadas. Su calidad de rey, que parecía ser de la inspección del gobernador, es ultrajada por los gentiles en el pretorio, como hemos visto. Y finalmente, su calidad de Hijo de Dios está para ser ultrajada de la unión de los judíos y de los gentiles. Ya el Sinedrio de los judíos ha condenado á Jesús á muerte por este pretendido delito, y los gentiles están para ejecutar la sentencia con el suplicio de la cruz á petición de los judíos. ¡Qué providencia! ¡qué encadenamientos de hechos y de maravillas! Admiramos aun cómo ha podido suceder que el Mesías esperado de la nación que nuestra tener todos los caracteres de su misión, anunciado de un precursor, venerado de todo el pueblo, que une en sí todo el cumplimiento de todas las profecías, que obra milagros que hacen decir á los menos inteligentes, que él es el Mesías esperado; cómo ha podido suceder que toda la nación lo haya pedido para el suplicio y para la muerte, mientras que el juez que lo ha condenado á la muerte no ha hablado jamás hasta el fin públicamente que él era inocente. Esta declaración formal de Pilato se halla cuatro veces solo en lo que cuentan los evangelistas.

Tercero. *Del temor de Pilato.* "Cuando oyó Pilato estas palabras, se intimidó mas. . . ." No estaba sin remordimientos en la manera con que trataba un hombre inocente, un justo que se decía el Mesías y el Rey prometido á los judíos; pero cuando oyó decir que este hombre se decía

también Hijo de Dios, su sorpresa fué extrema y aun mas grande su temor. Tenía él, por decirlo así, debajo de su mano las pruebas de una verdad tan estupenda. Lo que él veía en Jesús, su silencio, sus palabras y su paciencia; lo que él le había oído decir, que su reino no era de este mundo, y que había nacido para hacer conocer la verdad y sus milagros infinitos, de que no era posible que no hubiese oído hablar; todo esto anunciaba un origen celestial; y si el testimonio de un hombre tan extraordinario se unía á todas estas pruebas, la cosa no se podía ya poner en duda. No le quedaba que hacer á Pilato ya otra cosa que tomar conocimiento para aclarar este último punto, y esto es lo que hizo después. Reconocemos aquí que el temor de Pilato no podía ser mejor fundado, porque maltratar, ultrajar, hacer morir al Hijo de Dios, es alguna cosa terrible. Pero nuestros incrédulos, que saben lo que sabía Pilato, que además saben los motivos que Jesús ha tenido para padecer y morir, que saben esto y lo que ha sido escrito en orden á su resurrección, que ven su cruz adorada de todos los pueblos y su religión establecida sobre las ruinas de la idolatría, ¿cómo pueden ellos sin temor despreciarlo, ultrajarlo y blasfemar! El hereje y el pecador que creen en él, piensan en ellos seriamente, el primero que es la Iglesia del Hijo de Dios la que él abandona y el segundo, que es la ley del Hijo de Dios á la que él hace traición? ¡Ay de mí! yo mismo que hago profesión de servirlo, no debo estar penetrado de temor y respeto al pensar que es el Hijo de Dios á quien sirvo, que son sus sacramentos los que recibo, que son sus mandamientos los que observo, su juicio el que espero y sus castigos ó sus premios los que merezco?

### PETICION Y COLOGIO.

Detesto, ¡oh Salvador mio! todas las iniquidades que he cometido contra vos como Hijo de Dios. Propongo rendiros en adelante todas las obligaciones de fe, de adoración, de compunción, de amor y de reconocimiento que os debo en esta calidad. Vos, ¡oh Salvador mio! os habéis hecho la ley de morir por mí, pues yo también me hago la de vivir únicamente por vos. Amen.



## MEDITACION CCCXXX.

## ENTREGA PILATO A JESUS A LOS JUDIOS PARA SER CRUCIFICADO.

San Juan, c. XIX, v. 9, 16.

Primero, último discurso de Pilato con Jesús; segundo, última tentativa de Pilato para librar á Jesús; tercero, última decisión de Pilato sobre la suerte de Jesús.

## PUNTO I.

## ÚLTIMO DISCURSO DE PILATO CON JESÚS.

Primero. *Silencio de Jesús.* "Y entró de nuevo en el pretorio, y dijo á Jesús: ¿de dónde eres tú? pero Jesús no le respondió...." Pilato no intentaba ciertamente informarse del país de Jesús; sabía que era galileo y de Nazareth. Le preguntaba si sobre su origen, para saber qué cosa decía él mismo, y si era verdad que se le diese creer descendiente de un origen celestial é Hijo de Dios. La causa del silencio de Jesucristo debe atribuirse á las malas disposiciones de Pilato, muy semejantes á la de Herodes, á las de los ímpios y de los grandes del mundo cuando se entrometen á examinar la religión.... La primera de estas malas disposiciones fué una vana curiosidad. Pilato, teniendo la imaginación llena de los dioses, de la fábula y de los héroes á quienes ellos habían dado nacimiento, quiso saber en qué modo en medio de un pueblo que conocía un solo Dios, pretendiese Jesús decirse Hijo de Dios. Pero la pureza del misterio de la Encarnación y la fecundidad de una Virgen, no debía ser confundida con fabulas impuras, por medio de las cuales parece que el demonio haya querido prevenir el nacimiento del verdadero Hijo de Dios, y con esta grosera imitación oscurecer su gloria. Con todo eso, de este tan infante principio, no tienen vergüenza los ímpios de nuestro tiempo de sacar semejanzas y comparaciones para cubrir y autorizar sus blasfemias. La segunda fué una orgullosa presunción. Pilato se imaginaba tener derecho de hacer esta pregunta, y pensaban que Jesús estaba obligado á responderle. Pero un tan sublime misterio es conocido solo por el Padre y por aquellos á quienes el Hijo quiere revelarlo, y estos son los pequeños y los humildes, no los presuntuosos. La tercera fué una prudencia carnal. Pilato quería juzgar de la respuesta que Jesucristo daría y estaba siempre resuelto á regularse de manera de poder procurar los intereses de una fortuna y preferirlos á todo. Las disposi-

I San Mat., cap. XI, v. 25, 27.

ciones opuestas son la simplicidad, la humildad, la pureza de corazón y el desapego de todas las criaturas. Pongámonos en estas disposiciones, si no queremos que Jesucristo guarde silencio con nosotros.

Segundo. *Queja de Pilato.* "Le dijo por esto Pilato: ¿no me hablais á mí? ¿no sabes que tengo poder para crucificaros y que tengo poder para libraros?..." Pilato hace ver con estas palabras sus malas disposiciones, como hemos observado; muestra además de esto, la falsa idea que tiene de su potestad y que es muy común á todos aquellos que tienen alguna autoridad. Se creen ellos independientes y señores de hacer y decidir segun su gusto, su interés y su capricho. Crucificar ó absolver, esto depende de ellos ó es para ellos una misma cosa. ¿Pero la justicia, la caridad, las leyes y las razones no deben, por ventura, ser escuchadas? ¿no imponen ellas alguna obligación? ¿no limitan acaso y no determinan ellas la potestad de que se glorian? ¿no hay por ventura un Señor soberano que debe juzgar nuestros juicios y al que los reyes mismos deben dar cuenta del uso que habrán hecho de su autoridad? ¡Ah! no serían tan deseadas y buscadas las dignidades, los que las ocupan serían humildes y temblarían si pensasen á la cuenta que deben dar á Dios de todas sus decisiones. Nosotros podemos servirnos de la queja de Pilato; pero por un motivo contrario cuando nos hallamos débiles y áridos.... ¿Cómo, Señor! "¿no hablais conmigo?... ¿no sabeis que sin vos yo nada puedo? Descubridme, ¡oh Señor! las señales amables y las riquezas de vuestro celestial origen. Decid una palabra y mi alma será sana, iluminada, arrebatada y encendida de vuestro amor."

Tercero. *Respuesta de Jesús.* "Respondió Jesús: no tendrias poder alguno sobre mí si no se te hubiese dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado á ti tiene mayor pecado...." ¿Qué majestad en esta respuesta! ¡oh y cuán digna es del Hijo de Dios! Primero. Jesús confiesa fácilmente que él es Hijo de Dios, pues que no niega la acusación que producen contra él, y no habiendo respondido á la pregunta que le ha hecho Pilato, responde luego á lo que él ha añadido. Segundo. Reprime el orgullo del presidente, recordándole que su poder viene de Dios. Tercero. Nos da el ejemplo de la obediencia que debemos á las potestades establecidas por Dios, aun cuando abusan de su poder. Cuarto. Repréndete á Pilato su delito, por indirectamente y con una admirable dulzura. Quinto. Se muestra juez soberano é iluminado por el discernimiento que hace y por el juicio que pronuncia de los pecados, diciendo que el de Caifás es mas grande, porque el poder que ha recibido y de que abusa, es mas santo y acompañado de mayores luces, porque obra por pasión, por odio, por envidia, y Pilato solamente por debilidad, por vileza y casi con repugnancia, y final-

mente, porque Caifás da el movimiento á los otros, induce con su autoridad los sacerdotes y los magistrados, y engaña al pueblo con sus calumnias y con sus cabalas. Sobre esta regla juzgará Jesús de la gravedad de nuestros pecados en el último día. Prevengamos su juicio y juzguémonos nosotros mismos, expiemos nuestros pecados con la penitencia, guardémosnos de cometerlos en adelante y seamos fieles á todas nuestras obligaciones.... La divinidad de esta respuesta se manifiesta aun mayormente de haber hablado así Jesucristo, estando despojado y llevando aun sobre su cabeza la corona de espinas.... Estas fueron las últimas palabras que Jesucristo profirió á la presencia de Pilato y en el pretorio.

## PUNTO II.

## ÚLTIMA TENTATIVA DE PILATO PARA LIBRAR Á JESÚS.

Primero. *Busca medios.* "Desde entonces buscaba Pilato cómo librarlo...." Las palabras profundas por Jesucristo y que son para Pilato las últimas que salgan de su divina boca, hacen en el espíritu de este gobernador una fuerte impresión. Parece conmovido, convertido y arrepentido de lo pasado, resuelto á obrar mejor en adelante, determinado á librar á Jesús y á entrar en los caminos de la justicia de que se había apartado.... ¡Ah! hay un gran intervalo entre un pecador conmovido y un pecador convertido. El pecador mismo á veces se engaña en esto; pero sus acciones descubren fácilmente las disposiciones secretas de su corazón. ¿Qué hace Pilato para reparar su injusticia? Busca un medio de librar á Jesús, y lo busca con un deseo sincero de hallarlo y con firme voluntad de abrazarlo si lo encuentra. ¿Pero qué engaño! ¿qué ceguedad! ¿Por qué busca lo que tiene entre las manos? ¿no es el dueño y el señor para librarlo al poder? ¿no ha dicho poco ha él mismo que tiene el poder de librarlo? ¿no se ha obligado á esto con condenarlo á los azotes? ¿no ha prevenido de esto al pueblo? ¿pues qué busca todavía? Busca unir la obligación con la pasión. Esto es lo que busca desde el principio y lo que no ha podido hallar y que no hallará jamás. Un pecador quiere convertirse, una alma disipada quiere consagrarse al fervor; ella es una resolución tomada y que están resueltos á ejecutar. ¿Bellas disposiciones! ¿santa resolución! ¿Qué hacen ellos para ponerla en ejecución? Buscan los medios, buscan un tiempo propio y una ocasión favorable, esperan una situación mas tranquila, en que libres de ciertos cuidados, no encontrarán ya mas obstáculos á su piadoso designio. ¿Qué horror! ¿qué engaño! Como si la virtud

pudiese estar sin obstáculo y no fuese el primer efecto de una conversión sincera mostrarse superior á todas las dificultades. Pierden entre tanto el tiempo presente y buscan otro que jamás encontrarán. Los pecados se acumulan, crece su número, vienen á ser siempre mas graves y en ellos mueren.

Segundo. *Gritos de los judíos.* Pilato, fijo en su proyecto, compareció delante del pueblo.... "Pero los judíos (que advirtieron su designio no le dieron tiempo para hablar) y alzaban los gritos diciendo: si libras á este, no eres amigo del César, porque cualquiera que se hace rey va contra el César...." La calidad de rey que convenia á Jesús, estaba tan lejos de contrariar los derechos del César, que Jesús mismo después que fué recibido en triunfo, había declarado su sentimiento sobre la obligación de pagar el tributo al César, profiriendo aquella admirable sentencia, que es necesario dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.... Pero todo es bueno, todo sirve á la calumnia, al odio, á la envidia. Estos tambien son los terribles temores, con el uso de los cuales buscan cada dia algunos hacer sospechosa la fidelidad de aquellos que son tanto mas fieles al César, cuanto lo son á Dios y á su Iglesia. Pero quién podrá jamás hacer causal sobre la fidelidad debida al César en aquellos que han saecido ya el yugo, despreciado las reglas y quebrantado todas las leyes de la religión?

Tercero. *Impresión que hace sobre Pilato el nombre del César.* Pilato sabía muy bien que si Jesús aspira á un reino, aquel reino no era de este mundo; que su calidad de rey era un punto de religión y no un negocio de Estado; sabía que Herodes no había tenido sobre esto sospechas, y que el César no podía tampoco ofenderse. Por esto no tuvo dificultad en darle siempre el título de rey de los judíos, y quiso tambien que fuese escrito sobre su cruz. Si Pilato hubiese tenido un poco mas de firmeza, habría despreciado los gritos y las amenazas del pueblo, que no tenían fundamento alguno; pero un hombre que no tiene otro Dios que su fortuna, á quien está resuelto á sacrificarlo todo, se deja fácilmente desconcertar y atemorizar. Al solo nombre del César se desvanecieron todos los designios de librar á Jesús, y Pilato pasó rápidamente de la voluntad de librarlo á la de entregarlo en las manos del pueblo. Basta una sola pasión en el corazón, bien que en la apariencia débil, para hacer infructuosos todos los buenos sentimientos que haya podido hacer nacer en él un residuo de bondad y de religión.



## PUNTO III.

## ULTIMA DECISION DE PILATO SOBRE LA SUERTE DE JESUCRISTO.

Primero. *No hubo jamás sobre la tierra decisión tan importante y tan solemne.* El Evangelio refiere todas las circunstancias... "Pilato, pues, oído este discurso, llevó fuera á Jesús y se sentó en su tribunal, en el lugar llamado en griego *Lithostrotos* y en hebreo *Gabbatha*. Y era la parascève de la Pascua y cerca de la hora sexta..." Volvamos á tomar estas circunstancias, y consideremos primero las personas. Estas son el Hijo de Dios, presente y citado como malhechor, el pueblo de Dios que pide su muerte, y un gentil, un pagano que debe decidir de ella... El lugar es el tribunal del imperio romano, levantado con pompa en medio de la santa ciudad. El evangelista lo nombra en tres lenguas: en latín, en griego y en hebreo, como si con esto quisiese darnos á entender que todas las naciones de la tierra están interesadas en la sentencia que debe salir de este tribunal, en que hace de juez Dios mismo, mas que los hombres... El día es el viernes de Pascua,<sup>2</sup> y la vigilia del sábado mas célebre que hubiese en todo el año, porque caía en la solemnidad de la Pascua... La hora era la mas luminosa del día, luego, presto debía comenzar la hora sexta, esto es, estaba próximo el mediodía. Desde la mañana se habia puesto en movimiento toda la ciudad. Tres potestades habian tomado conocimiento de esta causa, esto es, el Sinedrion general de la nacion, el rey de Galilea y el gobernador romano. A casa de este último habian ido los pontífices, los sacerdotes, los doctores de la ley, los magistrados, los ancianos del pueblo para acusar allí á Jesús. Algun tiempo después llegaron allí tambien los diputados de las doce tribus para pedir la libertad de un reo... La fiesta de la Pascua habia traído una multitud innumerable de forasteros, como tambien los ciudadanos habian tenido tiempo de acudir á aquel sitio y ballarse en la decision de un negocio tan famoso como aquel á los ojos de los hombres, é infinitamente mas importante aun en los designios de Dios y á los ojos de la fe. Jesús habia nacido en un establo, en la media noche y sin testigos, y quiere ser sentenciado á muerte en Jerusalem, en la fiesta de la Pascua, en medio del día y á vista de todo

1 La palabra latina es *tribunal*, la hebreo *gabbata*, que significa elevado, y la griega *lithostrotos*, que significa pavimento de piedras, y con esto se deben entender mármoles preciosos de diferentes colores y puestos juntos con orden, de que estaba enlucido este lugar, y de aquí se colige la magnificencia de los demás adornos.

2 Véase la nota al fin de esta meditación.

el pueblo. Adoremos, admiremos y estemos atentos á cuanto debe suceder.

Segundo. *No hubo jamás decision tan manifestamente forzada ni tan inicivamente obtenida.* Pilato, habiéndose sentado sobre su tribunal... "Dijo á los judíos: he aquí vuestro rey..." Os adoro, ¡oh rey mio, rey del cielo y de la tierra, rey de los siglos y de la eternidad, rey tanto mas adorable cuanto que queréis sujetaros á la muerte por la salvacion de vuestro pueblo, y principalmente por mi alma!... "Pero ellos gritaban: quita, quita, crucifícalo..." Esta es la tercera vez que hacen resonar el aire con este grito cruel, y será esta la última vez. Pueblo ingrato, serás oído, y tu rey y tu Salvador será crucificado, no obstante su reconocida inocencia, no obstante los remordimientos del juez que lo condena y los esfuerzos que hace para librarlo... *Pilato hizo todavía la última instancia, y les dijo: ¡crucifícalo rey á vuestro rey! ¿Cómo? ¿así habla un gobernador al pueblo de Dios, y este pueblo no le escucha?... ¡Ah! ¿cuántas veces la conciencia nos ha dado esta misma reprehension sin que nosotros la háyamos escuchado!... "Tomaron aquí la palabra los pontífices y le respondieron: no tenemos otro rey que el César."* ¡Ah! con razon pues hemos dicho que estos eran impios, hombres sin religion; tales se dejan ver aquí manifestamente. No renuncian ya á Jesús en particular, sino al Mesías en general, sea el que pueda ser. La expectacion del Mesías, de un rey de la estirpe de David, que librará á Israel, es un prejuicio que ellos abandonan al pueblo y de que secretamente se burlan y al que públicamente se muestran aquí contrarios. Pero cómo puede oír el pueblo tranquilamente una blasfemia semejante? ¡Ah! pueblo insensato, ¿dónde te dejas guiar? Tú indiferentemente adoptas todos los sentimientos de tus conductores, tú hablas por su boca, tú renuncias á las promesas y á la fe de tus padres; no quieres otro rey que al César y á todos los Césares de la tierra; vivirás una vida errante y vagamunda, serás mirado como el oprobio del mundo y el desecho de todas las naciones. Verás los Césares bajo que vivirás, adorar y reconocer aquel que tú presentemente desechas. ¡Ah! ¡ojalá que pudiese á lo menos un espectáculo tan tierno conmoverte un día y convertirte á él! Pero mientras la Iglesia suspira esta tu feliz conversion, tu existencia, tu dispersion, tu dureza, serán para nosotros una prueba luminosa de la divinidad de aquel que tú crucificas.

Tercero. *No hubo jamás una decision tan extraordinaria y tan incomprendible.* "Entonces, pues, lo entregó para que fuese crucificado..." Después de tantas preguntas hechas de Pilato para examinar á Jesús, después de tantos esfuerzos para librarlo, todo, finalmente, va á parar en entregarlo en las manos de los judíos para ser crucificado. Pero cómo lo da en sus manos? ¿acaso por una sentencia de condenacion? ¿esto

no aparece. ¿Y cómo se habria atrevido después de haber hecho y dicho tanto? ¿cómo se habria atrevido á proferirla? ¿acaso por una simple permisio? Esta ya se la habia dado por dos veces, y ellos no se habian contentado con esto. ¿Es acaso Pilato el que lo crucifica? No, ahora poco se ha disculpado de esto, por otra parte vemos que entrega Jesús á los judíos para ser crucificado. ¿Son acaso los judíos los que lo crucifican? ¿pero cómo, si estos han declarado que esto no les era permitido?... No se sabe, pues, qué cosa sea este juicio de Pilato. Solamente se ve que el orden, la razon, la equidad, las leyes, la formalidad, todo aquí se ha echado á un lado, todo se ha destruido. *Lo entregó en sus manos.* He aquí cuanto de esto dice el Evangelio, y es digno de reflexionarse que esta es la expresion de que se han servido los cuatro evangelistas, lo que nos hace entender claramente que no se usó ya otra formalidad contra Jesucristo; pero Jesucristo fué la victima, y fué crucificado como si se hubiese pronunciado contra él una sentencia con todas las formalidades legales. ¿Cuántas injusticias! ¿cuántos horrores! Aprendamos con el ejemplo de Jesucristo á no lamentarnos jamás. Jesús fué crucificado por autoridad de Pilato y á solicitud de los judíos; pero en esto se obra nuestra salvacion y se cumple el designio de Dios.

## PETICION Y COLOQUIO.

Permitid, ¡oh divino Redentor mio! que yo os acompañe hasta el fin de vuestro sacrificio, y habed que no me olvide jamás de que vos vais al suplicio por salvarme la vida y para expiar mis pecados con vuestra muerte. ¡Ah! ¡ojalá que pudiese yo estar clavado en la cruz con vos como vuestro apóstol, con mi amor, con la mortificacion de mis deseos y con ser participante de vuestros sufrimientos. Amen.

## EXPLICACION

SOBRE AQUELLA EXPRESION DE SAN JUAN: Y ERA LA PARASCÈVE DE LA PASCUA.

La Pascua no era para los judíos una fiesta movable. Esta se celebraba en un día determinado del mes, pero no caía siempre en el mismo día de la semana. Podian, pues, decir el viernes de Pascua, como nosotros decimos el viernes de Navidad, el viernes de todos los santos, cuando estas fiestas caen en estos días, y como decimos tambien el domingo de Pascua. La palabra de que se servian para nombrar el sexto día de la semana, significaba *preparacion*; pero esta se debe tomar únicamente como nombre propio de aquel día, sin atender á su etimología y á su pri-

mitiva significacion, como nosotros llamamos aquel día viernes, sin reflexionar á la etimología de esta palabra. Para el día de Pascua no habia *parascève* ó sea preparacion, porque en aquel día era permitido el preparar cuanto era necesario para comer.<sup>1</sup> Solo habia preparacion para el sábado. Con que *preparacion de Pascua* no quiere decir otra cosa que preparacion en la que caía el día de Pascua, y la expresion de san Juan no significa otra cosa sino que el Salvador fué crucificado en el día de la *preparacion*, ó sea en el viernes, y que este día era el día de la Pascua; habiéndose comido el Cordero Pascual, como hemos visto, en las primeras vísperas de este día, esto es, el jueves por la tarde.

## MEDITACION CCCXXXI.

## JESUS LLEVA LA CRUZ.

San Marc., c. XV, v. 20, 21.  
—San Juan, c. XIX, v. 16,  
17.—San Mat., c. XXVII,  
v. 31, 32.—San Luc., c.  
XXIII, v. 26.

Primero, Jesús lleva su cruz; segundo, Jesús cono de bajo de su cruz; tercero, Jesús ayudado á llevar su cruz.

## PUNTO I.

## JESUS LLEVA SU CRUZ.

"Y después de haberse burlado de él, lo despojaron de la púrpura, y poniéndole sus propios vestidos lo sacaron para crucificarle... Y él (salió) llevando su cruz..." Jesús sufre aquí tres horribles tormentos...

Primero. *En el arrancarle la dámide.* Traigamos aquí de nuevo á nuestra memoria, cómo después del suplicio de los azotes volvieron á poner á Jesucristo sus vestidos estando su cuerpo todo despedazado y cubierto de llagas; cómo poco tiempo después se los volvieron á quitar cuando comenzaban á pegarse á sus llagas para ponerle encima el manto de púrpura; llevó este manto por todo el tiempo que duró el juego cruel de su coronacion y por todo el que empleó Pilato en mostrarlo al pueblo, en hablar y alterar con los judíos. Después de haberse así burlado de Jesús en tantas maneras y por tan largo tiempo, lo arrancaron el manto con violencia y le renovaron sus llagas con dolores tanto mas vivos, cuanto mas tenazmente se le habia pegado en aquel tiempo.

1 Exod., cap. XII, v. 16.